

Enl@ce: Revista Venezolana de Información,
Tecnología y Conocimiento
ISSN: 1690-7515
Depósito legal pp 200402ZU1624
Año 5: No. 1, Enero-Abril 2008, pp. 101-116

Cómo citar el ensayo:
Liberati, J. (2008). El velo de la apariencia. *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*, 5 (1), 101-116.

El velo de la apariencia

*Jorge Liberati*¹

Resumen

El motivo que anima las siguientes reflexiones surge de la desconfianza que inspira la apariencia, de muchas incoherencias de los datos de los sentidos y de las dificultades que encuentra la inteligencia para superar tales inconvenientes. Estos datos nos conducen a error, sobre todo en lo que concierne al conocimiento de nosotros mismos y en aquello que percibimos de nuestro propio ser. Permanentemente nos descubrimos aceptando verdades a medias. Hay una verdad que se esconde siempre en la operación racional, en la operación sensible, en el obrar del sentido común, de la intuición o como se quiera llamar a las facultades de nuestro entendimiento.

Descubrimos que la conciencia no puede dejarse llevar por el continuo de la apariencia. Esta comprobación nos hace entrar irremediamente en una tradición escéptica, que envuelve muchas filosofías. Sin embargo, no queremos despreciar los datos y los medios que nos dan una primera comprensión de la realidad, sin duda insuficiente. Sólo sospechamos de ellos y deseamos ir más allá, hasta donde se pueda. No es que desdeñemos lo empírico, los sentidos, los llamados datos inmediatos, aquello que surge del momento y del lugar. Pero nos parecen insuficientes en tanto nos mueva el propósito de aproximarnos a un nuevo conocimiento de la realidad.

Palabras clave: Apariencia, conciencia, racionalidad, realidad.

Recibido: 12-07-07 Aceptado: 12-09-07

¹ Filósofo. Centro de Educación Natural e Integral (CENI), Montevideo, Uruguay. Rambla república Argentina 1205/250 Montevideo-Uruguay. Correo electrónico: basiliolib@adinet.com.uy

The Veil of Appearance

Abstract

The motive behind these reflections comes from the untrustworthiness that inspires appearance, from many inconsistencies in sense data and from the difficulties that intelligence finds in order to overcome such inconvenient. This data drives to mistakes, especially as concerned with knowledge of ourselves and what we perceive as our own being. We permanently discover ourselves to be accepting half-truths. There is a truth that always lies hidden behind a rational operation, in sensible operations, in common sense praxis, intuition, or any other name applied to the faculties of our understanding. We discover that conscience cannot let itself be fooled by the continuation of appearance. This proof makes us enter irredeemably in a skeptical tradition that covers many philosophies. However, we do not wish to underrate data and the means that offer us a premier understanding of reality, without sufficient data. We suspect them and we desire to go beyond, wherever it may be possible. We do not disdain experience, senses, so-called 'immediate data' and whatever comes out of a place and time. But we think they are insufficient, as the motivation to a new knowledge of reality impulses us.

Key words: Appearance, Conscience, Rationality, Reality.

Espacio tiempo

Confirmamos aquello que tanto se ha reiterado: lo que cambia no puede atraparse; lo que está sujeto a permanente transformación y al paso del tiempo no puede solidificarse en concepto definitivo. Lo único que permanece es el cambio. Es esa la razón por la cual todos los filósofos han alimentado la esperanza de escapar a la cárcel espaciotemporal, y han bregado por establecer una definición de la realidad que, permaneciendo fiel al cambio y a la fugacidad del tiempo, pueda ofrecer una idea más o menos durable y consistente. Porque esos filósofos han procurado superar la espacio temporalidad a la cual pertenecen los datos e incluso el funcionamiento de nuestro pensamiento y de nuestra conciencia.

El movimiento constante del saber humano está motivado por el afán de superar el momento y el lugar. El saber pertenece a un dominio en el cual el espacio y el tiempo son sólo el ámbito de la acción, de la elaboración y del pensar. La materia, el espíritu, la historia, el fenómeno, el estar-ahí, la cosa en sí, la presencia, la forma, la estructura, el signo, etcétera, son conceptos que se definen en términos de acumulación de tiempo y de agregación de espacio.

Pero las cosas y los seres surgen de la selección y no de la acumulación. Habremos, pues, de investigar la selección que se produce en la formación de todas las cosas y de todos los seres. El espacio tiempo se presupone a partir de la agregación de elementos. La cosa, el hecho, el ser están sujetos a la agrupación de elementos cuyo aumen-

to coopera con la intelección, con el pensamiento, con el saber. Tal agrupación y la posibilidad de su observación constituyen la base del conocimiento científico, aunque la mecánica cuántica haya puesto en duda la probidad de la comprensión espacio-temporal de los fenómenos subatómicos. Pero, así como el aumento del campo facilita la observación, también dificulta la comprensión global, porque el aumento de los objetos observados hace perder la visión de conjunto, no muy importante para el científico pero imprescindible para el hombre en general y para el filósofo. El hombre necesita ubicarse frente al todo, responder a los todos con que diariamente lidia, y esa necesidad no es satisfecha por la experimentación, ni es su finalidad.

Algo existe porque ha adoptado cierta configuración y no todas las configuraciones: existe porque ha *descartado* más que porque haya *tomado* partes, componentes, nutrientes de todo tipo. Ocurre, es, acaece, porque, de una manera casi contraria a la acumulación, ha seleccionado cuidadosamente aquello que en definitiva es. Si ha acumulado algo, es bastante poco, aunque sea maravilloso.

Realidad *vécica*

Hablamos de una selección de elementos constitutivos. Desconocemos si es el ser el que selecciona o es un mecanismo biológico o divino y, por lo tanto, no nos ocuparemos de este problema. Sólo supondremos que se procesa una selección. Sería lo propio del ser, esto es, el hacerse a sí mismo. No se concibe sin una etapa de formación, desde que no puede empezar a ser de golpe y de la

nada, ni prescindir de un inicio ni de una historia. Es así que todo ser se constituye, hasta que llega a ser del todo. De ese hacerse no se salva nada ni nadie, ni el big-bang.

Pero si somos porque llegamos a ser, entonces, no todo lo involucrado en el hacer contribuye de la misma manera. Algunas instancias, cosas, hechos, fenómenos, lo que sea, han participado en la construcción, y otras no, y otras menos aun. Las que han contribuido configuran una serie determinante, no ordenada en el continuo, aunque sí en el tiempo; una serie de únicas y determinantes *veces* constitutivas, que llamamos veces porque no interesan por el momento ni por el espacio en los que han acaecido sino por la importancia que han tenido (de una manera secuencial) para la conformación de aquello a que pertenecen.

Este habría de ser el presupuesto principal de cualquier filosofía. Tal o tales series configurarían la única realidad verdadera o, si se quiere, la única realidad cabal, no *apariencial*, no engañosa, que nos facilitaría la contemplación del mundo de una sola mirada. Podría darse por real una secuencia o una serie de veces cualquiera, pero no por verdadera, en el sentido de la verdad y de la falsedad, sino en el sentido de una imagen creíble, confiable, compartible de todo. La distinción entre lo real lógicamente verdadero y lo real selecto es un poco difícil; pero se puede hacer fácil pensándola como distinción entre lo real espaciotemporal y lo real atemporal y no espacial. Esto se refiere nada más que a lo real que vence lo temporal y lo espacial, y que va más allá; no quiere decir lo absoluto, la idea, lo trascendente, ni nada de eso. Quiere decir apenas esto: que hay una realidad propia, ya no

del cuerpo humano, sino del intelecto, de aquello que la inteligencia elabora con esfuerzo; y que es esta la realidad en la cual el hombre debe confiar. No habría, pues, una disputa entre la realidad y la irrealidad, ni una figuración falsa de la realidad y una figuración verdadera de la realidad. Habría, sí, una realidad que hay que alcanzar por el pensamiento, no por otro medio. No una realidad metafísica sino una realidad completamente física, aunque haya que abarcarla con el pensamiento. Una realidad *vécica*².

El problema lógico de la verdad y de la falsedad, de esta manera, cobraría el valor de problema ontológico³, de problema que implica a la misma realidad, a los seres, a las cosas, a los hechos, al universo, y no sólo a los entes del pensamiento racional. Resultaríamos, así, de unas veces que hemos constitutivamente sido. Sin ellas, no seríamos, ni serían las cosas. Tenemos que ver no sólo con las veces contiguas de la serie sino también con las no contiguas; no sólo con aquellas que implican espacio y tiempo y que han pasado al olvido sin hacer ni lograr nada duradero, sino también con las que formaron, crearon, construyeron e hicieron permanecer. Somos, sí, espacio tiempo; pero también somos aquello a lo que el espacio tiempo conduce, que no se sabe a ciencia cierta cómo definir y que las filosofías y ciencias han tratado siempre de elucidar.

Somos algo más que acumulación: tenemos inquietudes selectas, dudas específicas, afa-

nes únicos. Y podemos hacer cosas en un sentido, solamente, y no en todos. Podemos modificar el entorno de una manera especial, y modificarnos a nosotros mismos como la naturaleza no podría hacerlo. Estas cosas no tienen mucho que ver con los logros que se tienen por acumulación, por agregación de elementos. Son lo contrario.

Existencia e inteligencia

La existencia de una persona (pero también de una cosa, sea cual fuere), de un ser vivo, viene a ser, sí, como lo sostuvo José Ortega y Gasset, pasado «como presente y actuando ahora en nosotros». Por cierto que «lo único que el hombre tiene de ser, de ‘naturaleza’, es lo que ha sido». Es verdad que «El pasado es el momento de identidad en el hombre, lo que tiene de cosa, lo inexorable y fatal» (Ortega y Gasset, 1987). Sólo que, ahondando un poco en ese *ser ahora lo que se ha sido*, se percibe que el “ha sido”, es decir, la “historia”, no es todo el ha sido, no es toda la historia. La que proporciona ese ser, esa naturaleza, es una cierta clase de historia, un extracto de historia, una historia esencial formada por algunas vivencias o hechos o fenómenos, biológicos o físicos o metafísicos. Es una serie de construcciones selectas, únicas, que forman el ser.

Aun más: hay, entre esa especial clase de historia, una especialísima, muy única, que llamamos *inteligencia*. La inteligencia es existencia li-

² Por economía decimos “vécica” en lugar de “vicisitudinaria”.

³ El primado de la gnoseología sobre la ontología es característico del siglo XIX. Volveríamos, de esta manera, al primado de la ontología.

berada, emancipada. Corresponde a ciertos seres, al hombre pero también a otros seres vivos, como los animales y las plantas y, en tanto existencia, no sale de la nada y experimenta el proceso de “llegar a ser”. Requiere historia selecta, extracto procesal, desarrollo serial, series formadores, únicas, no necesariamente continuas o acumulativas. Está hecha de sólo veces creadoras que han superado las circunstancias, los hechos, las ocasiones y momentos, las localizaciones en el espacio.

Es verdad que el tiempo y la repetición son importantes para la vida. Importantes para la vida son los aspectos mecánicos, automáticos, recurrentes, instintivos. Contribuyen a formar las facultades del ser. Pero tienen poco que ver con lo que llamamos *inteligencia*. Más allá del individuo, aun, en el plano de la sociedad, existen mecanismos, por decir así, de reiteración de los que resultan los hábitos, las costumbres, la tradición. Pero, incluso en este plano, obran las series *vécicas*, constitutivas y formadoras de rasgos, de aptitudes, de tendencias e ideologías, más allá de los hábitos, que conforman el carácter de un pueblo o de una colectividad. La existencia plena o soberana es aquella que ha empleado veces constitutivas. Existencia cualquiera hay en cantidad, pero no soberana.

Individuo y sociedad

El individuo y la sociedad son, pues, un orden eminentemente cualitativo. Pertenecen a un orden de valores. No se puede definir aquello que cada uno es si no se tiene en cuenta su dimensión histórica especial, su dimensión histórica medular

y sustancial que, como dijimos, es la dimensión *vécica*. Es verdad que esta dimensión no se puede “ver” ni “revelar” empíricamente. Pero aquello que cada uno es, en todo lo que no se aprecia a simple vista y a través de un examen somero, responde al *modo de ser* y de constituirse.

El cometido fundamental de la filosofía es consignar todo lo que se pueda al respecto de este ángulo oculto. Los aspectos correspondientes al qué, al cuándo, al dónde, al porqué, son aspectos que pueden ser apreciados, estudiados y revelados, por la simple observación o por la ciencia. Están en el tiempo y en el espacio, en lo sensible, en el campo de intelección de la mente humana en tanto ésta obra en perfecto acuerdo con los sentidos. Los aspectos correspondientes al *cómo*, en cambio, al *modo de ser* y de *llegar a ser*, no son observables sino a través de los otros aspectos temporales, espaciales, históricos, en fin, racionales.

Se trata de características que tienen su contrasentido en la variedad, en el número y en la cantidad. El ser, en cuanto a su proporción completa, biológica pero también espiritual, es puro valor, significado, signo, interpretación, oposición, esfuerzo. No es algo determinado; es aquello que se determina o no se determina, que se hace o deshace. Siempre que se quiere refutar la imagen del ser como algo material, puramente biológico, corporal y real, se opone lo emocional y lo espiritual como estatutos opuestos y más importantes. No nos ocupará la refutación de este supuesto. Pero, ¿qué es lo espiritual, lo emocional? Es, en términos sencillos, aquello que se transforma y que cobra todos los valores y todas las apariencias, a veces engañosas y otras veces verdaderas.

El individuo y la sociedad son manifestaciones de este tipo, además de ser lo otro, lo material y lo espiritual. Son también lo *vécico*. Son cualidades, no cosas; son series de propiedades, no aquello que tiene propiedades. No es suficiente, para comprenderlos, con examinar su estructura biológica, corporal, emocional, psicológica, y tampoco el proyectarlos en sus respectivas historias espaciotemporales. En la historia se encontrará una «condición unitaria de la vida», como dijo Dilthey; pero esta condición, que alude a la *vivencia*, la cual definiría al hombre en su verdadera naturaleza, es demasiado general y puede atribuirse a cualquier ser y hasta a una cosa. Habría, sí, una especial clase de vivencia. Una vicisitud liberada del tiempo y del espacio, pero originada y proyectada en ellos.

Se puede llamar *vez* a este tipo de vivencia diltheyana, a esta especial circunstancia orteguiana, independiente de cuándo y de dónde, valedera sólo por lo que ha dejado en el ser.

La *vez* explica y define las características del individuo. Es la huella de lo distintivo, de la personalidad y del carácter en el sujeto humano. Es lo opuesto a la marca de la reiteración, lo opuesto a la imprimación del entorno, sea el que fuere, poblado de seres animados o inanimados; lo opuesto al reflujo de lo consuetudinario. Si la costumbre nos da lo común, aquello que el sujeto tiene como tienen todos los demás seres, la *vez* nos da lo extraordinario, lo que los demás no tienen. Dilthey, reiteramos, ya había sentido la necesidad de distinguir claramente las percepciones o representaciones

que están en íntima unión con un sentimiento, por ejemplo de dolor, de las que resulta la realidad de la vida, no dada ni pensada sino, simplemente, vivida y trabada íntimamente con el yo (Dilthey, 1945, p 420)⁴.

La *vez* es una especial clase de relación entre el yo, el momento y el entorno. Esta relación no es ocasional ni fortuita, y tampoco es una relación de subsistencia inmediata. Es una relación creadora, autocreadora, autopoética, que nace de las experiencias vitales. La siguiente cita permite apreciar cómo Dilthey se percataba de esta propiedad única de la experiencia de vida: «Entre estas experiencias vitales, que fundan la realidad del mundo exterior, y mis relaciones con él, las más importantes son las que limitan mi existencia, ejercen sobre ella una presión que no puedo eliminar, que frenen mis intenciones de un modo inesperado y que no puede alterarse. La totalidad de mis inducciones, la suma de mi saber se basa en estos supuestos, fundados en la conciencia empírica» (Dilthey, 1988, pp 42 y 43.).

Que a Dilthey no le resultara suficiente la ciencia empírica, pues, resulta evidente enseguida. Se propone analizar los hechos en el estadio de la conciencia, que es, afirma, donde surgen (Dilthey, 1980). El estadio que desea abordar Dilthey es algo diferente al de la conciencia tal como hoy en día suele concebirse. Es un estadio que está muy cerca de la experiencia: «Toda ciencia es ciencia de experiencia; pero toda experiencia tiene su conexión originaria y su validez, determinada por ella, en las condiciones de nuestra conciencia, dentro de la

⁴ Wilhelm Dilthey. La vivencia, de 1907-8.

cual surge, en la totalidad de nuestra naturaleza» (Dilthey, 1980, p. 30).

Enumeración

No es del todo correcto, pues, afirmar que el ser es sólo un ente de la realidad empírica, ni lo es afirmar que es sólo historia, hechos o sucesos reales que han acontecido y que juntos componen su pasado y con él su naturaleza. Es, más bien, en su realidad más cabal pero también más disimulable, la relación entre los hechos y aquella configuración que esos hechos han alcanzado y guardado como presencia o como realidad duradera. Los planos extremos, los hechos como tales y la configuración de conciencia que el sujeto guarda como fundamento de su ser, en su cuerpo y en su memoria, en su materialidad y en su espiritualidad, de ninguna manera pertenecen a dos realidades diferentes, una objetiva y otra fenoménica, ni a su mixtión o feliz combinación. No es un hecho real ni un fenómeno; es un *hecho véxico*, es decir, aquello seleccionado de lo real, en tanto creación, que ha sido capaz de permanecer y así constituir a un ser en su estado presente, sea cual fuere el presente. Su naturaleza, pues, no es polar sino cuántica, alterna. Es selección de experiencia vital habida a saltos.

No se trata, por estas razones, de experiencia hecha conciencia, como se inclina a pensar Kant, ni conciencia hecha experiencia, como se inclina a pensar Dilthey. Aunque tales supuestos hayan resultado reveladores de la naturaleza del ser, se trata más bien de experiencias asumidas, consciente e inconscientemente, que han obrado

en forma decisiva. Debe suponerse que hay una dimensión que trasciende el proceso creador, un estadio o etapa o configuración que representa el presente, esto es, que representa al ser. Es preferible llamar *vecidad* y no trascendencia a este ir más allá y alcanzar la forma del ser.

El paso siguiente se inscribe también en la apreciación de lo que está y de lo que no está dentro del espacio y el tiempo. Lo que está ordenado en el sentido cronológico y aquello que del continuo ordenado se selecciona y cobra realidad verdadera. Habíamos dicho que esta realidad selecta es una realidad *véxica*, propia del ser, por constituirse fuera del espacio y del tiempo.

En cuanto al entendimiento, al conocimiento de la realidad, esto es, a la inteligencia, ¿qué se puede decir en este sentido? No se puede desconocer que la realidad de la inteligencia es, a su vez, una realidad que escapa al espacio y al tiempo. La inteligencia es la realidad que escapa totalmente a esas coordenadas. La experiencia, el contacto entre nosotros y la existencia sensible y primera, es la que se concibe dentro de su curso inexorable. Queremos decir, en otras palabras, que la inteligencia es independiente de ese curso. El conocimiento es el único responsable, el ministro plenipotenciario de la realidad. Este conocimiento a cargo es, en definitiva, lo que llamamos inteligencia.

Volviendo a las dos grandes dimensiones, en lo que tiene que ver con nosotros: el individuo y la sociedad. Con estos dos tipos de manifestaciones ocurre lo mismo en cuanto al conocimiento de nosotros mismos. Las dos resultan de la *vecidad*; no sólo de la acumulación del tiempo, de la evolución,

de la formación de la personalidad del hombre, de la historia. Es selección *en* esos procesos. Decíamos que son cualidades y no cosas; que son series de propiedades. Pues bien: esta condición vale para todas las formas de manifestación del ser.

Por un lado, estamos dentro del espacio y el tiempo y *cronologizamos*, alineamos, ordenamos. Eso es enumerar. Y es Descartes quien lo dice. Le llama enumeración a la deducción, en el *Discurso del método*. Porque dice que la forma de conocer y la manifestación clásica de la inteligencia consiste en un procedimiento que va por etapas, de una instancia a otra, por el cual, teniendo conocimiento de una, se pasa a la otra, siempre yendo de los más sencillo y conocido a lo más complejo y por conocer. Esto, que es vertebral en la teoría de Descartes, es lo que llama reglas del método. Va implícito que la racionalidad está fundada en la enumeración, que no es sino la acumulación.

¿Cuál es la contrapartida de la enumeración? La lógica habla de la deducción, de la inducción y de la *retroducción*, como de las tres grandes formas de proceder racionalmente. La deducción tiene que ver con lo acumulativo y discursivo, con las premisas cuyo montaje serial permite arribar a la conclusión. También la inducción, desde que consiste en una estrategia de acumulación controlada y mínima que se aplica en forma experimental. Y la *retroducción*, que consiste en acumular, en este caso más escuetamente aún, asuntos distantes en el tiempo, uno en el pasado y otro en el presente, en la búsqueda de que aquello que ya es conocido eche luz sobre aquello presente que no lo es. Véase que tras esas tres clases de inferen-

cia lógica se encuentran las tres grandes clases de filosofía: la racionalista, la *empíricista* y la historicista.

Aquí es cuando hacemos nuestra precisión. Estas inferencias son acumulativas, todas cuantitativas, enumerativas. Deben superarse. Estas formas de pensar, continuas, discursivas, cogitabundas, se oponen a la otra, discontinua, alterna, que no usa el continuo para garantizar nada, y que se atiene sólo a unos pocos pasos, a unas pocas instancias, a unas pocas vivencias. Es aquello que por haber sido sustanciado, aprovechado, tomado para participar en la forma verdadera del ser, escapa al espacio y al tiempo y salta de la enumeración. Es aquello que se aparta. Lo que en la creación se acumula es lo que se descarta. Lo que se elige es lo que crea efectivamente. Lo que se acumula es lo que estorba, lo que molesta.

Esa enumeración, de Descartes, es algo complementario. Y, ¿qué es lo lógicamente complementario a lo enumerativo? Lo que no se enumera, lo selecto, lo que se elige. Es, diríase, no contar, no sumar, no agregar. No contar es quedarse en una, en dos, en algo, esto es, en algunas veces. Enumerar es abarcar todas las veces. Lo contrario a enumerar es *vecear*. No tenemos otro verbo.

Enumeración selectiva

Siempre se indaga el conocimiento y la inteligencia en sus procedimientos. Siempre se estudia su desarrollo en el tiempo; y se establecen hipótesis sintácticas. Se habla de conocimiento *a priori*, como el de la matemática o el de la lógica formal. También se habla de los datos de los sentidos, de

la información sensible. No cabe duda de que tiene que haber una coordinación de estas operaciones, mediante la cual, tal vez, la racionalidad *pone orden*, es decir, interviene, en el despliegue del continuo, en el plano de las percepciones. Asimismo, se habla de conocimiento *a posteriori*, esto es, de una fuente de saber que proviene de la práctica, sea por los sentidos sea a través de la experimentación científica. Puede entrar en acción todo el potencial de la inteligencia, y la ciencia opera, en su conjunto, un poco con la deducción, otro con la inducción, también con la *retroducción*, con la experimentación, con la probabilidad. Se adoptan otras clases de conocimiento conocidos como intuitivo, emocional, directo, y clases específicas de saber histórico, psicológico, sociológico.

Es evidente que en cualquiera de estos tipos de conocimiento interviene la enumeración. Seguramente, la inteligencia obra sobre una base previa de acumulación y registro. El saber siempre desea explorar todo, en el sentido de todo lo que maneja, en sí mismo y en la latitud total de realidad sobre la cual indaga. En este sentido, exploratorio, no tiene otro remedio que enumerar, que rastrear, que contar, que registrar.

Pero, ¿es esta la tarea específica de la inteligencia? Es un trabajo que puede hacer un haz infrarrojo o un láser. La inteligencia hace otra cosa. Su labor fundamental es la de seleccionar, en la constelación de lo explorado, aquello que pueda conducir a una amplitud del conocimiento. No se conoce una ciencia que trabaje sobre *todo* su material primordial. Ni la ciencia histórica lo hace. En tanto no se trate de divulgación o de enseñanza, siempre se detiene en aquello que puede dar lugar

a una afirmación diferente. Cada ciencia ya es, por naturaleza, una fracción del conocimiento, sustentada en un cierto perfil de la cosa o el hecho, no en cosas y hechos diferentes. Ya es selección, desde que es ciencia.

¿Cuáles hechos, condiciones, estados, cosas, intervienen en la formación, en el desarrollo, en la perspectiva presente del hombre y del universo? La labor de la inteligencia consiste en indicar cuáles. Es seleccionar; es elegir. El conocimiento máspreciado es aquel que puede reducirse a la discriminación más económica. Lo es para los científicos, filósofos y matemáticos, pero también para el individuo menos ilustrado.

Entender con pocas palabras, ¿caso no es entender lo más importante, lo fundamental? Comunicarse, informarse, estudiar, leer, entender: son asuntos que serán satisfechos de la mejor manera en la medida en que se pueda alcanzar lo fundamental con el mínimo esfuerzo. El circunloquio, la divagación, la retórica no resultarán completamente necesarios. Corresponden a otras funciones de la comunicación y de la inteligencia. Lo que nos importa, verdaderamente, es casi siempre poco.

Tenemos, pues, que hablar de un trabajo superior a la enumeración. De cualquier manera, y sorprendentemente, la selección convive con la deducción o enumeración, aunque inadvertidamente. Reside en ella; se oculta infinitesimalmente en ella, fuera del alcance intelectual de la razón. De otro modo no serían posibles los “saltos” deductivos. Habría, así, una *enumeración selectiva*, procedimiento respecto al cual la deducción o enumeración sería opuesto o complementario.

Es de advertir, a partir de estas razones, la pérdida de significación de lo sensible en el conocimiento del ser. Veces distantes en la vida de una persona, por ejemplo, no gravitarían por su antigüedad o actualidad sino por lo que hayan influido en el conjunto. La cadena discontinua obraría de por sí, puesto que hemos supuesto la inoperancia del tiempo y del orden. Si el tiempo y el orden no cuentan, debería admitirse que no habría veces anteriores o posteriores, antiguas o recientes. Hay lugar a la consideración de un orden diferente, en todo caso, naciente de las mismas coordenadas espaciotemporales desplegadas de otra manera. La única manera diferente que se podría concebir sería aquella en la que reinara la discontinuidad, los saltos, vacíos, hiatos, en fin, verdaderos *infra universos* oscuros, no captables por lo sentidos, incommensurables, aunque suene a ciencia ficción.

Infra universos

Volvemos a las dos formas de manifestación de los seres humanos: individuo y sociedad. Ya hemos visto que aquello que encontramos en la primera lo encontramos también en la segunda. También dijimos que aquello que apreciamos es, más bien, lo que responde al *modo*, al *cómo*, porque el *dónde* y el *cuándo* sí influyen, pero en lo que corresponde a la apreciación física, psicológica o histórica de los hechos. Los aspectos correspondientes al *cómo* tienen que ver con el ser que llega a ser, esto es, con el ser que alcanza plenamente su esencia sólo a través de una formación selectiva que experimenta a través de su historia –porque los aspectos correspondientes a las categorías espaciotemporales típicas son estudiados por las

ciencias experimentales, por la historia o por la psicología, superficial o profunda. Que exista una dimensión del ser que se defina por lo que “llega a ser”, sin que medie decisivamente la circunstancia espaciotemporal, es una revelación de la importancia del *cómo*. Porque si se tratara de un ser que no se procesara, sin evolución ni historia, podría depender más del momento y del lugar.

Habíamos dicho también que las *veces* formadoras de ser, que tienen influencia decisiva en lo que el ser es, a raíz de sus mutuas discontinuidad y *discontigüidad*, constituyen verdaderos *infra universos*. Son aquellos que ha tratado siempre de revelar el sociólogo y el estudioso de la sociedad, tanto como el psicólogo o el psiquiatra. Ha intentado desentrañar esos pozos oscuros, esas zonas no reveladas, *no sólo del funcionamiento de la mente sino también del proceso de formación*. Hay una realidad que no tiene efectividad, actualidad, que tiene potencia pero no actualidad; que no tiene poder real, aunque pueda tenerlo en forma potencial. Que no tiene fuerza. Esta es la supra realidad o realidad aparental, que nos subyuga en su variedad y en su constante renovación. Los investigadores siempre han intentado encontrar pautas que ayuden a descifrar fielmente los hechos, buscando siempre su previsión. Pero no se puede ser fiel y prever algo si se parte de la realidad aparental. Es necesario recurrir a aquellos aspectos de la realidad que no son explicables por vía de otros visibles, apreciables, como por ejemplo la economía o la cultura. El historiador también busca los aspectos fundamentales que no se ven con claridad, por sus propias naturalezas. Intenta establecer los aspectos no fácilmente apreciables o, de lo

contrario, intenta mostrar cómo aspectos totalmente apreciables influyen en forma decisiva pero inapreciable en los hechos e instituciones. Intenta mostrar el modo de esconderse de la realidad.

Infra universos, pues, porque esconden esencias: maneras de manifestarse y modos de llegar a ser. Esconden lo fundamental del ser, aunque no todo. Esconden, principalmente, algo que no siempre ha sido valorado: esconden el accidente, el desenlace de menor importancia, la cosa nimia, el hecho insignificante (importancia, cosa nimia, hecho insignificante dentro de las coordenadas *espaciotemporales*; pero léanse estos conceptos en tanto en cuanto no tengan interés manifiesto en el espacio y en el tiempo). Estos mundos resultan fuente de esencia y de accidente o, mejor dicho, resultan la expresión de la esencia en tanto modifican los accidentes para conmutarlos en esencias.

Esencia y accidente

Desde nuestro punto de vista, pues, la personalidad del ser humano se constituye a través de nuestra historia, de nuestra experiencia, bajo el influjo de los rasgos hereditarios y del entorno, como se sabe, de la cultura, de la educación, etcétera. Pero por efecto de una selectividad vicisitudinaria o *vécica*. Somos, además, la expresión de un notable principio de creatividad: constituimos esencia a partir de accidentes. El rasgo distintivo de nuestra naturaleza se consagra en esa vicisitud histórica y electiva que, seguramente, no puede faltar en ningún ser. «'Accidente' –hemos afirmado en otro lugar– (Cal y Canto, 2002) es sólo uno

de los estados que la cosa guarda en relación con las demás. Estos estados, y la relación que cada uno mantiene con el resto, es la única 'esencia' de la cual se puede hablar». Porque no se puede aislar una cosa de cada uno de esas relaciones. Y aquello que es, en su más específica naturaleza, no puede prescindir de ellas. Hasta se puede decir que son estas relaciones las que tomamos como cosa.

De aquí que, especialmente en el terreno de lo humano, es necesario admitir que somos accidentes que se transmutan en esencia. Nos parece un error suponer que lo esencial se opone a lo accidental. Por el contrario, lo esencial es el camino que toma lo accidental, entendido lo accidental como el sistema de relaciones espaciotemporales que concierne al ser. Se trata, agregamos, de determinados grados de manifestación de la energía o de la vida.

Si tomamos estos términos con los significados del lenguaje común que, por otra parte, son poco más o menos los mismos que los que les dio Aristóteles, es posible considerar que se trata de transiciones, de grados. De aquí que nada pueda ser considerado fuera de sus relaciones con lo demás. Esto nos conduce, por consiguiente, a considerar el conjunto, nunca el ser aislado que, en puridad, no existe.

Existe, sí, la repetición. El ser se puede repetir y se repite, porque el hecho se puede repetir. Los hechos, esos que constituyen al ser, se repiten, y con ello repiten al ser. El hecho original es el que constituye al ser; el hecho reiterado es el que lo prolonga o el que lo fotocopia. Por cierto, el ser vive y crece a través de millones de hechos. Pero

que “llegue a ser” depende de cómo cuadren esos hechos a la proyección de la vida.

Se puede ver cómo se sustancian las copias y las repeticiones de hechos en la vida de las personas. El hecho original es infrecuente y puede ser el toque de diferenciación. El que abunde la repetición no parece que se deba a la escasez de inteligencia sino a la necesidad de satisfacer las necesidades primarias. Tal vez influya mucho en esta escasez la necesidad de ajustarse a la estructuración social de las manifestaciones del ser, aunque no sea la única, desde que hemos supuesto los grados.

Precisión sutil pero necesaria

Hemos dicho que la esencia se constituye a partir de los accidentes que resultan decisivos para el ser, de aquello que en el ser alcanza la permanencia; pero no la permanencia en el tiempo (ésta también) sino la permanencia en su naturaleza, en su presente de cualquier tiempo. Hay que considerar esos accidentes como fundamentales, porque el ser no es de por sí, no nace como es en su presente sino que hace su presente a través de la selección. Nace de las series *vécicas*, constituidas por pequeños universos que no nos dejan de importar por permanecer ocultos y que constituyen la esencia del ser, la enjundia de la historia representada en el presente. No la historia del ser; tampoco la condición historicista del ser, que contrapone lo natural y lo histórico o que explica la superación por medio de la negación. Nos referimos a la configuración serial de la historia del ser que lo cimienta y erige en forma soberana, liberada de cada unos de

los momentos en que ha obrado. Es una precisión sutil, casi imperceptible, pero necesaria.

Se puede entender que esta naturaleza, que llamamos *vécica*, que esta esencia, este ser *vécico* del hombre, puede ser útil para complementar la vieja discusión respecto a la razón, a la sensibilidad, al espíritu, a la inteligencia, a esas cualidades que distinguen al hombre de los demás seres. Pero no es ese nuestro tema. Formulamos la precisión porque nos la representamos para todo lo que existe. Asimismo, esta precisión puede irrumpir en la antigua disputa acerca de la apariencia, del fenómeno, del estatuto de la realidad. Pero no es este nuestro propósito central.

Apreciamos, sí, un velo que esconde algo, o algo que se escamotea. Pero tiene que considerarse una intermediación, una gradación entre lo que es para existir y lo que es para transcurrir; una diferenciación entre aquello que permanece y aquello que se esfuma enseguida. No de aquello que opone la permanencia y la fugacidad del tiempo. Ese es otro problema. Se trata de una generación, de una realización destinada a entrañar al ser de una manera que no responde a la apreciación inmediata de la conciencia en la realidad del vivir, del entender común y cotidiano. Se advierte un permanecer en tanto tiempo y un permanecer en tanto inteligencia. Un ser en el tiempo y un ser en lo atemporal, en lo que no se ve en el instante. Se aprecia aquello que se inmiscuye en el tiempo para constituir el ser en el instante, pero no en tanto discurrir, en tanto duración, en tanto historia, sino en tanto extracto, como cifra, o como zumo de un fruto que constituye su historia temporal, de la cual no nos ocupamos aquí.

Pruebas espaciotemporales

Después de encarar tan sutiles conceptualizaciones, descartado el ser en el tiempo, que ha ocupado a la filosofía en el curso de toda su historia, y enfocado el otro ser, el ser atemporal o inteligencia, resta el planteamiento de una sospecha. Es la siguiente: abordar la vez es imposible; si deseáramos obtener total conformidad con nuestra hipótesis necesitaríamos acercarnos más a las series *vécicas*, palpar su realidad, aunque fuese atemporal, acaso por un resquicio de espacio y tiempo.

Pero, probar lo atemporal por medio de lo temporal, ¿no es contradictorio? En cierto sentido sí, lo es, pero se trata sólo de referir algunas comprobaciones, sencillas y fácilmente comprensibles. No es contradictorio probar el resultado de un método valiéndonos del potencial de otro. Es apelar a lo complementario y asistente. La *prueba*, es propia del camino enumerativo, deductivo y experimental. Y es lo que siempre conforma a todos y lo que confirma las teorías científicas y merece la aceptación general. Las siguientes son algunas que admitirían escasa discusión:

La libertad no es la suma de posibilidades de hacer cosas. Los derechos de las personas no se generan con sólo repartir potestades justas e igualitarias. El saber no es la simple acumulación de conocimientos. No se promueve la cultura rodeando a la persona con monumentos y libros, la moral atiborrándole de normas y reglas; no se desarrolla la sensibilidad artística con visitar todos los museos, ni la musical con hacer oír todas las sinfonías. Nada de esto se promueve desde fuera de la persona; sólo por una obra interna de autén-

tica selectividad de la conciencia y el gusto. Sólo por esa obra la persona se acercaría a las veces propias, a sus series históricas más íntimas, fundadas en vivencias genuinas, que nadie le puede proporcionar.

¿Cómo obtenemos la conciencia de nuestro propio ser? Es posible que dispongamos del acervo de nuestra memoria, aunque no, seguramente, de la totalidad de lo que se almacena en ella. No tendríamos del conjunto completo de vivencias y percepciones ni de intelecciones, ni lo necesitamos. No estamos hechos de montones de recuerdos o representaciones.

Todas nuestras experiencias de vida resultan, en definitiva, una manifestación especial de algunos aspectos, de algunas alegrías o pesares, de algunos aciertos o desaciertos. Nunca todas dejarán huella. Piénsese en nuestras amistades, algunas de las cuales no frecuentamos más que unas pocas veces. Ellas se consolidan sólo en puñado y por vivencias especiales, nunca por la cantidad de encuentros, de reuniones, de oportunidades en que se ha compartido el momento.

Cualquier acto diario es una prueba de la emancipación respecto al tiempo. Cualquier deseo, impulso, esfuerzo, afán, consiste en un movimiento hacia lo perdurable, hacia lo permanente, hacia lo inextinguible, hacia lo indestructible. Lo que deseamos conquistar es para que se quede, esto es, para que configure una serie de nuestro proceso creador de vida; no para que se pierda o desaproveche.

¿Por cuál procedimiento nos hacemos idea de cómo son las cosas y su mundo? Es difícil con-

cluir que sea por acumular percepciones o razonamientos, aunque ello tenga una función que cumplir también para la inteligencia. La experiencia es decisiva, pero no aquella que registra como una computadora la cantidad de acciones, hechos y contactos con el mundo. Dar con el puño en la piedra mil veces no nos daría una idea de la materia. Respirarnos todo el aire no nos daría una idea de la atmósfera, y caminar y movernos en todos los sentidos no nos daría idea del espacio. Esperar, ¿nos daría la idea de tiempo?

Las biografías de hombres de ciencia, filósofos y artistas nos demuestran, en numerosísimos casos, cómo todos los momentos de una vida, tanto los importantes como los insignificantes, obran para encontrar un sentido, para alcanzar una meta, para descubrir, inventar o crear algo; pero en multitud de casos se reparará en que se trata de un solo resultado, de una solitaria creación. Es necesaria toda una vida, todos sus esfuerzos, todos sus talentos, su inteligencia entera, para dar a la humanidad una sola cosa (la electricidad, el concepto de vivencia, el *Stabat Mater* de Pergolesi, la Mona Lisa, etcétera). Esto es: ¡una vez única!

Nuestros conocimientos no se generan por disponer cada cosa, una al lado de la otra, para reconocer la vida y el mundo. Tampoco nos hemos formado intelectualmente por la agregación ordenada de las diversas partes que nos componen. Una idea no se confirma como verdadera porque la asuma un sinnúmero de voluntades, salvo en el campo estricto de la ciencia –y se sabe que puede falsarse cualquier teoría con sólo un roce del méñique.

Esta lista de percepciones fácilmente comprensibles, todas de carácter hipotético-deductivo, suponen una naturaleza no enumerativa, no acumulativa, no segregativa de los asuntos mencionados, y prueba el carácter cualitativo y selectivo de la existencia y de la inteligencia.

Inteligencia no cartesiana

Anotamos, en el apartado sexto, que la labor de la inteligencia difiere bastante respecto a la enumeración, al registro, al rastreo. Es verdad que está dotada para desempeñarse en el sentido detallado, del “uno por uno”, aunque tarde más que un láser o que una computadora. Su más amplia resolución, en cambio, su cometido mayor es diferente, esto es, el que evocamos particular e inconfundiblemente al usar la palabra “inteligencia”, con el significado más alto de las capacidades del hombre y que, para muchos, lleva el toque de diferenciación respecto a las demás especies.

No se apoya necesariamente en conexiones analógicas sino en articulaciones que puede establecer tanto dentro como fuera de las cadenas ordenadas y continuas. En tal sentido, obra en el plano enumerativo o deductivo y también en el *vécico*; trabaja mediante el paso de lo contiguo e inmediato a lo que no lo es, en el de lo separado y marginal. Aunque pueda valerse perfectamente de la deducción o de la inducción, aun de la *retroducción* y de la estadística, su programa superior consiste en el poder de escapar a la racionalidad pura.

Ahora apreciaremos una particularidad inesperada, verdaderamente insólita, una notable

insuficiencia dentro de este cuadro de elasticidad y programación sorprendente. En muchos casos, sobre todo en aquellos en los que la conciencia no tiene cómo advertir la dificultad de un problema y la naturaleza de esa dificultad, la aplicación de la inteligencia se degrada por omisión. Toma el camino incorrecto, curiosamente, aquel que sólo es apropiado a la habilidad instintiva, automática, a la aplicación más simple de la inteligencia. Ello ocurre al no discriminar, al desencaminarse por el camino del uno por uno en vez del suyo propio, es decir, el de las esencias. No distingue debidamente lo que en ella es computacional y lo que en ella es esencial, al margen del sentido cartesiano. Se decide, pues, por la enumeración, por el camino analógico y deductivo.

Un error epistemológico esclaviza a la mente; la somete al tiempo. Este error se produce allí donde el universo euclidiano y las coordenadas cartesianas no tienen aplicación, donde no tienen sentido los ejes, planos y espacios tradicionales. La inteligencia no cuenta, para entonces, con este ingenio.

Vemos, así, que la inteligencia a veces se aplica enajenadamente en un ámbito ajeno a su específica y exclusiva competencia. Hace las veces de la computadora: rastrea, busca cuál, escoge una posibilidad infecunda, cuenta, incluso se ocupa ingenuamente de establecer porcentajes, guarismos, ratios; ocupa y pierde tiempo. Ofrece representar en el plano aquello que es espacial; en el espacio lo que es tetra dimensional, en el tiempo lo que es intemporal, en el continuo lo que es discontinuo, en las inmediaciones lo que es apartamiento. Se trata del desempeño ingenuo y primordial de la men-

te, de una articulación básica del sistema nervioso central que conduce al ser al error.

El trabajo propio de la inteligencia, en el área en el cual es más idónea, desempeña una actividad especializada que, aunque puede resultar de la aplicación de los métodos enumerativos, es un trabajo de lógica aleatoria, extendida, informal o borrosa. Ya no puede hablarse de racionalidad pura, de emotividad ni de intuición ni de nada de eso, exclusivamente. No se puede hablar de enumeración o de deducción, de “reglas del método” ni de nada que sea cartesiano.

La tarea de la inteligencia ya no es eso que sugiere la palabra “tarea”. Otras palabras, como “funcionamiento”, “trabajo”, “operación”, dejan de ser aptas para nombrar aquello que concierne a la inteligencia, porque son palabras espaciotemporales. Resultan de una física newtoniana y de una geometría euclidiana, las cuales suponen un contenedor espaciotemporal de las cosas, seres y hechos.

Por encima de la racionalidad, pues, hay una inteligencia no estrictamente racional, que comprende diversos grados, que encajan o no en los métodos enumerativos, una inteligencia que podríamos llamar no-cartesiana.

Recapitulación

Desconfiados de la apariencia, tanto de la que proviene de los datos de los sentidos como de la racionalidad pura, los filósofos han formulado descripciones y aseveraciones capaces de describir la realidad de una manera permanente. Así, han

propuesto diversos conceptos, como materia, espíritu, historia, fenómeno, etcétera.

Tal clase de conceptos, sin embargo, sólo es concebible en la medida en que se vincule al espacio y al tiempo. Habría que salirse de estas coordenadas, buscando una permanencia fuera de ellas, en una dimensión histórica, resultado de la *electividad* de la evolución del ser.

Ese resultado supone una unidad que es el ser, en su dimensión original y característica, no siempre coincidente con las apariencias materiales y espirituales. No sería la memoria del ser ni la cadena histórica de sus hechos forjada en un presente, aunque fuese un poco de ambas cosas. Sería, más bien, la historia selecta actuando como un todo, la creación del ser aplicada al presente, desde que éste sería el *pasado en acción*, el aprendizaje de vida en acción, la superación de la vida por el primado de series vicisitudinarias creadoras.

Las series selectas se contraponen a las series cronológicas y continuas, espaciotemporales. Valen por la naturaleza de la experiencia, no por su acumulación. El mecanismo es el mismo que aquel de que nos valemos cuando decimos “a veces pienso que”, “me ocurrió más de una vez”, “estuve en tal lugar una o dos veces”, en fin, casos en que nos importa más la frecuencia de los hechos que los hechos o su enumeración. Nos referimos, entonces, a las veces, no a los momentos.

El conocimiento humano se desempeña inscripto dentro de los límites del espacio tiempo, por sus mecanismos enumerativos, pero también fuera, por sus mecanismos selectivos. Aquello que llamamos *inteligencia*, que comprende todas las

formas del conocimiento, sólo es concebible fuera del espacio tiempo. Desde otro punto de vista se podría decir que es realidad no espaciotemporal.

El pensamiento cartesiano sería un asistente de la inteligencia. Sin embargo, la naturaleza soberana de la inteligencia no sería exactamente cartesiana. La inteligencia enumerativa, deductiva o inductiva, sería parte de la inteligencia selectiva, no enumerativa, informal, *vécica*.

Podría afirmarse, como corolario final, que los sentidos, la racionalidad y todas las facultades espaciotemporales, son aquellas que nos proporcionan el conocimiento necesario para lidiar con el mundo, para habitarlo, para compartirlo, para ser parte de él. Pero no nos proporcionan el conocimiento para entenderlo.

Bibliografía

- Cal y Canto (2002). *Fantasmas en la lógica*, Montevideo.
- Ortega y Gasset, J. (1987). *Historia como sistema*, Alianza, Madrid.
- Wilhelm, D. (1945). *Psicología y teoría del conocimiento*, FCE, México.
- Wilhelm, D. (1980). *Introducción a las ciencias del espíritu*, Alianza, Madrid, Prólogo.
- Wilhelm, D. (1988). *Teoría de las concepciones del mundo*, Alianza, Madrid.